

# EL TEATRO

DIRECTOR  
JOSÉ DEL PEROJO

PUBLICACIÓN MENSUAL

ADMINISTRACION  
57, SANTA ENGRACIA 57



MARÍA GUERRERO  
PRIMERA ACTRIZ DEL TEATRO ESPAÑOL

Fot. García







# EL TEATRO

Núm 49.

Octubre 1904



ENRIQUE BORRAS, PRIMER ACTOR DEL TEATRO DE LA COMEDIA

Fot. Franzen





## CRONICA GENERAL

La temporada «de verso» en el Circo me parece el asunto más interesante del mes teatral. Me lo parecería de todos modos, en sí, pero me lo parece aún más, después de oídas las opiniones de Galdós y las lamentaciones justísimas de Zeda hablando del género chico.

Galdós tiene ese género por un excelente medio de popularizar el arte escénico, de hacer que cunda la afición al teatro, que según él mismo, y no vale la pena de señalar esta contradicción, está metido en la médula de los españoles; y yo, contra la opinión del maestro, opino que mientras el género chico siga los derroteros porque ahora le llevan un par de docenas de autorzuelos, á los que ni siquiera puede calificarse, como Goncourt á los periodistas, de jornaleros de la literatura, más nos valiera estar *duermes* y dejarnos de teatro, ó por lo menos dejar el teatro para los selectos y cerrar por higiene social los teatros hasta que pasara la epidemia.

Porque pienso así, me son muy simpáticas las temporadas de verso en el Circo. Si el Circo tuviera buenas condiciones acústicas y allí fuese posible oír á los actores que declaman, esas temporadas constituirían á *peu pres* el ideal del teatro popular tal como por el momento, y en España al menos, podemos lógicamente concebirle.

Lo dije hace unos cuantos meses, cuando Miguel Muñoz tuvo el valor de intentar la empresa, donde ahora la realiza más ampliamente quizás José González, y creo necesario repetirlo ahora, ya que por lo visto no es fácil hacer la observación directamente: el público, el buen público sano y educable, está harto de género chico tal como ahora se ve, de pseudos chistes que para ser chistes verdaderos necesitarían tener de ingeniosos lo que les sobra de groseros, de tangos más ó menos psicalpíticos y de otra multitud de cosas que así tienen que ver con el arte como yo con Racuses II, por ejemplo.

Si así no fuera, es evidente que Miguel Muñoz antes y José González ahora, hubieran fracasado ruidosamente; ni en su repertorio hay novedades atractivas, ni sus compañías son de las que arrastran al público al teatro como fuerza magnética,

ni el Circo es teatro apropiado para ese género de aventura. Ninguna de esas razones fué, sin embargo, obstáculo bastante para el buen éxito de la empresa. Miguel Muñoz vió muchas noches en la taquilla el regocijador anuncio de *No hay billetes*, y José González ha hecho retroceder á Cereceda, quien, con sus huestes zarzueleras, tenía las cosas preparadas para comenzar la temporada el 6 de Octubre.

Estos son hechos innegables y mientras eso ocurre, los teatros en que se cultiva el género chico malo, perecen de inanición, valga la frase, y si una cotidiana limpieza no lo evitaría, se verían completamente tapizados por artísticas telas de araña. ¿No es esta una demostración clara y suficiente de lo que el público desea? Pues aún hay más.

Examinando sin ahondar mucho en el análisis la evolución efectuada durante los últimos años en el género chico y observando lo que ocurre actualmente, lo que ocurre en los teatros á él dedicados, se tiene otra demostración tanto ó más clara y tanto ó más evidente.

El género chico, para seguir triunfando, para contener en lo posible la desertión de su público, ha necesitado transformarse y se ha transformado; Arnieches y otros primates de esa forma de literatura, le han hecho melodramático y para hacer esa transformación no han aplicado una fórmula vieja á materiales nuevos; no han hecho sino seguir el procedimiento empleado por los boticarios para hacer más cómodamente utilizables ciertos medicamentos: comprimíroslos. El género chico, para seguir viviendo, ha necesitado dejar de ser una cosa distinta en su esencia del género grande y comenazar á ser género grande comprimido; una literatura que bien podría ser vendida en cajas metálicas á 60 céntimos una, como el clorato de potasa.

Examinando las obras más aplaudidas del repertorio moderno con su constante é inevitable división en cuadros, se ve que esas obras no se diferencian en su plan y distribución de las grandes, se diferencian en el tamaño de sus partes alicuotas; un cuadro no es en realidad sino un acto achicado para que quepa en cinco cuartos de hora, lo que



antes requería dos horas y media para su perfecto desarrollo. Esa fórmula novísima del género chico puede expresarse en términos matemáticos así

$$g = \frac{c}{2}$$

y demuestra que es otra cosa y no el género chico vulgar, despreciable en absoluto, lo que el público desea ver y lo que puede aumentar, si es necesario, las aficiones teatrales de los hispanos.

Examinando lo que ocurre actualmente en los teatros de Madrid, se tiene otra demostración clara de nuestra tesis; hasta ahora, desde que comenzó la temporada, sólo una obra ha logrado llenar el teatro completamente y durante muchas noches consecutivas; esa obra es *El húsar de la guardia*, una zarzuela que prolongando algunas de sus escenas sin más arreglo, quedaría convertida en una zarzuela grande tan buena como cualquier otra y mejor que muchas. Porque es así y no porque Perrín y Palacios háyanse convertido en otros distintos desde que estrenaron *Cuadros vivos*, por ejemplo, gustó y gusta *El húsar de la guardia* y fué y va el público al teatro de la Zarzuela antes desamparado de él.

¿No son bastantes pruebas? Creo que aún sobran, y en fin de cuenta resulta que todos podríamos estar conformes, Galdós y los que en ese asunto no pensamos como él, si el género chico se ajustase siempre a esa fórmula  $g = \frac{c}{2}$ . De modo que, en realidad, lo que nos separa no es sino el concepto que tenemos del género chico, de ningún modo tamaño de las obras. Galdós, que tiene el buen gusto de no ver esas cosas, cree que ese género es lo que debiera ser, y los que por obligación vemos todo lo que se estrena no podemos hacernos tan dulces ilusiones.

La fórmula del teatro popular es la que Félix Duquesnel ha inducido del buen éxito económico de la empresa Antoine: «variedad de espectáculos, *mise en scene* muy cuidada, excelente interpretación y, finalmente, lo que reclaman la inmensa mayoría de los aficionados al teatro, precios módicos.» De esas cuatro condiciones, las temporadas de verso en el Circo satisfacen á dos por lo menos; hay en ellas variedad de espectáculos, y los precios son módicos. Hablando en tesis general, ¿á cuántas satisfacen los teatros de género chico? Salvo contadas excepciones, á ninguna. La solución del problema está, pues, en hacer, en los teatros más apropiados para ello y procurando la mejor interpretación posible de las otras, lo que en el Circo se ha intentado con tan buen éxito.

Un empresario que estudie ese negocio y siga ese camino logrará lo que no logran casi nunca sus congéneres: ganar dinero, y ganarle «correctamente», por no decir otra cosa, sin apelar á medios y

recursos completamente extraordinarios y completamente extraartísticos.

\* \*

Manuel Bueno, y este es otro asunto interesante de los que ha ofrecido el mes teatral, aboga porque «las empresas de los teatros grandes, las de los teatros en que se cultiva el género dramático-literario, instituyan comités de lectura», y en apoyo de su petición expone estas razones:

«El escritor no puede resignarse á que, cediendo á un criterio brutalmente industrial, le rechace el empresario una obra que quizás el público llegase á aplaudir y perpetuar en los carteles.

No hay en España empresario de teatros bastante inteligente y culto para permitirse mantener esa absurda actitud de juez frente á los autores dramáticos, viejos y nuevos. La obra literaria merece más respeto. Es posible, y no solamente posible, sino frecuentísimo, que un escritor se vea desairado porque su drama ó comedia no le haya parecido bien al empresario del teatro, y que ese desaire le condene á permanecer temporalmente, y á veces de un modo definitivo, entre los inéditos. Repito que soy el primero en no creer que Lope y Shakespeare anden por esos teatros de Dios con sus manuscritos debajo del brazo, afrontando las negativas de los empresarios, y sostengo que de cien casos en noventa, el que tiene algo original que decirle al público encuentra escenario para su obra. Ahora bien; de eso á reconocer en el empresario atribuciones de *arbitrari literari* van millares de leguas. Un empresario puede saber, pongo por caso, que tal autor goza de gran predicamento en el público y que tal otro ha sido repetidamente desdenado.

El instinto comercial le apartará de éste y le llevará á entenderse con aquél. Es lógico y excusable. Pero ¿es que un empresario no está obligado á arriesgarse en algún tanteo artístico fuera de toda mira industrial? El pensador, el poeta, el literato, que trabajan con independencia, sin someterse á las debilidades estéticas del público, á sus chavacanerías de gusto y sin respetar su apocamiento moral, ¿no merecen asomarse alguna vez al escenario para revelarnos francamente lo que han meditado y han hecho? Un Comité de lectura ofrecería garantías más decorosas al autor y al público que el capricho de un empresario. El teatro Español, la Comedia y la Princesa deben pensar en ello, y aún la Sociedad de Autores está obligada á tomarlo en cuenta. Sépase de una vez si esto de las temporadas en los teatros es un negocio puramente industrial, ajeno á todo intento artístico.»

Manolo Bueno, naturalmente, no trata de averiguar ahora una cosa que positivamente sabe desde hace mucho tiempo; trata sólo, á mi juicio, de hacer que conste «oficialmente» una gran verdad: la de que aquí el arte escénico no es sino una industria como otra cualquiera, con más riesgos que otras; pero no más merecedora de laureles.

Para que el teatro dejara de ser lo que es serían necesarias muchas cosas, y la primera de ellas que el Estado tuviera claro concepto de los diferentes medios que puede emplear para cumplir su función educativa, la primera quizás de todas las que le competen; mientras eso no ocurra no habrá modo, en buena lógica, de impedir á ningún empresario que juegue su dinero á la carta que mejor le parezca, y eso, por desgracia, está muy lejos de ocurrir.

ALEJANDRO MIQUIS







Areñas fot.

Viola éditeu

ENRIQUE BORRÁS, EN «DON GONZALO»



Areñas fot.

Viola éditeu

ENRIQUE BORRÁS, EN «LO NUVI»



Areñas fot.

ENRIQUE BORRÁS, EN «LA MARE ETERNA»



Areñas fot.

Viola éditeu

ENRIQUE BORRÁS, EN «AIGA QUE CORRE...»



NUEVA TEMPORADA

La Compañía del Teatro de la Comedia



JUAN BALAGUER, DIRECTOR  
Fot. Audouard

ROSARIO PINO, PRIMERA ACTRIZ  
Fot. Franzen

MANUEL GONZÁLEZ, GALÁN JOVEN  
Fot. Esplugas